BIBLIOTECA

LÍRICO-DRAMÁTICA

BRILLANTES AMERICANOS

COMEDIA EN DOS ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO

Estrenada con éxito extraordinario en el Teatro de Variedades la noche del 5 de Enero de 1882

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1882

BRILLANTES AMERICANOS

COMEDIA EN DOS ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO

Estrenada con éxito extraordinario en el Teatro de Variedades la noche del 5 de Enero de 1882



MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1882

PERSONAJES	ACTORES
Doña Teresa..........	Sra. Vedia.
Hortensia............	Srta. Rodriguez (D.ª L.)
Cármen...............	Sra. Rodriguez (D.ª A.)
Don Diego............	Sr. Mariscal.
Alberto..............	» Lujan.
Don Gustavo..........	» Ruesga.
Zacarías.............	» Muñoz,
Lorenzo..............	» Rochel.

La accion pasa en Madrid: época actual.

Indicaciones del lado del actor.

Imprenta de Alvarez hermanos, San Pedro, 16.

Á LA EMINENTE ESCRITORA

Y GRAN CONOCEDORA DEL CORAZON HUMANO

EXCMA. SRA. D.ª MARÍA BONAPARTE,

WYSE DE RUTE

dedica este modesto trabajo literario, como testimonio de admiracion y simpatía,

Ildefonso Antonio Bermejo.

ACTO PRIMERO.

Sala ricamente amueblada y decorada. Puerta en el foro que guía á la calle y dos á derecha é izquierda, que conducen á las habitaciones interiores de la casa.

ESCENA PRIMERA.

CARMEN, luego DIEGO.

(*Aparece la primera mirándose al espejo y presumiendo.*)

CARM. Se me figura que no estoy del todo mal; creo que daré gusto á la señora, es decir, que habré sabido corresponder á mi ascenso. Ya no soy criada para todo; soy doncella; tengo el mando superior de la casa, y bajo mis órdenes á la cocinera y al asturiano Lorenzo. Una doncella es casi una señorita... Es necesario darme á respetar de mis inferiores, pues segun me ha explicado la señora, en mi clase soy una categoría. De ese modo me servirán y me obedecerán... Estoy bien peinada. Me dice la señora que debo expresarme con finura, y adquirir maneras elegantes, para que las gentes digan: «A tal amo, tal criado.» Aprovecharé sus lecciones. (*Aparece Diego por el foro, mirando á todos lados.*)

DIEGO. Señor, ¿qué ha pasado en esta casa?

CARM. (*Sin ver á Diego, y acicalándose.*) Luego, si bien se mira, no soy del todo fea, y con este traje puedo aspirar á tener un novio de circunstancias, que no sea sirviente.

DIEGO. ¡Miren la fátua, cómo se relame y se contonea! (*Se adelanta.*)

CARM. Cuando don Diego, el hermano de mi señor, vea este cambio, se va á quedar tamañito.

DIEGO. ¡Y habla de mí la bachillera!

CARM. Don Diego, que es tan enemigo de estas grandezas, tan adusto y tan gruñon...

DIEGO. Buenas espaldas te merezco, insolente y presumida.

CARM. (*Confusa.*) ¡Señor don Diego!

DIEGO. ¿Quién te ha vestido de máscara?

CARM. Si á esto llama usted máscara...

DIEGO. El que, como yo, te ha visto ciñendo medias azules de lana, con un refajo de paño rojo, un moño en la cabeza, fregando platos y barriendo la cocina, puede dar el calificativo de máscara á lo que llevas puesto, mayormente, si la disfrazada de señorita es tonta y vanidosa y le dice al espejo que es adusto y gruñon aquél á quien debe profesar respetos y consideraciones.

CARM. Si quiere usted perdornarme...

DIEGO. Perdonada estás.

CARM. Entónces, le diré que la casa de su hermano de usted ha experimentado un grande cambio.

DIEGO. Ya lo veo. Estos muebles, este cortinaje, estos expléndidos atributos... ¿Se han vuelto locos mi hermano y mi cuñada?

CARM. Es que han determinado pertenecer á la alta clase, á la alta sociedad.

DIEGO. Desde que penetré en el recibimiento me sorprendió la presencia de un ganapan patilludo, escondido en un leviton de grandes botones y una gorra...

CARM. ¿Pero no le ha conocido usted?

DIEGO. ¿He debido conocerle?

CARM. Si es Lorenzo.

DIEGO. ¿El cobrador? ¿Aquel asturiano cambiante que iba con los talegos acuestas?...

CARM. El mismo.

DIEGO. ¿Quién habia de conocerle con esas grandes patillas y ese aspecto de suizo?...

CARM. Ha ascendido como yo. El es portero de antesala, y yo soy doncella.

DIEGO. Por muchos años. (*Suenan tres campanadas de esquila.*) ¿Qué significa este ruido?

CARM. Avisar á los señores que hay visita... Es decir, que ha venido usted. Como se hace en la casa de los títulos.

DIEGO. ¡Bravo! ¡sublime! ¿A esa altura hemos llegado?

CARM. Aquí tiene usted á Lorenzo, que viene á darle la respuesta. (*Sale Lorenzo con la librea descrita.*)

ESCENA II.

CARMEN.—DIEGO.—LORENZO.

LOR. Háme dicho su excelencia que se está acabando de afeitar, y que tenga el cumplimiento de esperarle algunos de los momentos.

DIEGO. Otra máscara. Veo que has cambiado de traje; pero que eres consecuente con tu nativa sabiduría.

LOR. Favor que usted ma dispensa, señorito; no ma merezco tanto.

DIEGO. Dime una cosa. ¿De dónde le viene á mi hermano la excelencia?

LOR. Díjome que así le llamara desde el miércoles de ceniza.

CARM. Le han dado la gran cruz de Isabel la Católica.

DIEGO. ¿Quién ha influido para tamaña profanacion?

CARM. Una señora que tiene mucho favor con los ministros.

LOR. Una marquesa tronada, que pide al amo mucho dinero prestado y nunca le paga.

CARM. ¡Cuidado con la lengua, Lorenzo!

DIEGO. Comprendo.

LOR. Pues si yo fuera suelto de lengua, muchas cosas diria.

DIEGO. Sí, hombre, dí cuanto sepas... mientras se afeita su excelencia.

LOR. Tápame la boca Cármen, que despues me acusa á su excelencia... hembra.

CARM. ¿Yo?

LOR. Sí, créamelo, como Dios es fijo, que es una bachillera.

CARM. ¡Lorenzo!

LOR. Dirélo, que no tengo pelos que ma tosiguen la lengua. Y sepa, señor don Diego, que yo tengo mis ahorros ganados con el talento que Dios se ha servido conciliarme; y que este uniforme que man puesto, ma regaña las tripas, y lléveme el diablo sino hago una reventada, á fé de Casca Terrones, como me llamo.

CARM. No le haga usted caso, señor don Diego.

DIEGO. Pues no he de hacérselo, si habla como un Salomon.

LOR. Óyelo. Hablo como un salmon.

DIEGO. Pues, señor, en cuatro meses que falto de Madrid, se ha verificado en esta casa una verdadera revolucion.

LOR. Eso, una revolucion; usted ha puesto la llaga en el dedo.

DIEGO. ¿A ver? Acércate, Lorenzo, que me llama la atencion el grabado que llevan los botones de tu saco. (*Observándolos.*) ¿Qué significan estos garabatos?

LOR. Dígalo Cármen, que yo no lo entiendo.

CARM. Las armas de la casa.

DIEGO. ¿Las armas de la casa?

CARM. El blason; el escudo... Veo, que no está usted enterado de lo que pasa.

DIEGO. ¿Cómo he de estarlo, si hace cuatro meses que no pongo los piés aquí? Y hoy he venido para anunciar, que he tenido una carta de mi sobrino Zacarías, de aquel que suponian muerto, en la que me dice que vendrá muy pronto.

LOR. Hoy llega.

DIEGO. ¿Hoy?

CARM. Sí, señor; hoy se le espera... Y él es precisamente la causa de esta trasformacion; del escudo, de las armas, de este boato...

DIEGO. Ya sé que murió su padre y heredó el título de baron que ganó en la guerra civil de los siete años... Pero, ¿qué tiene que ver mi hermano?...

CARM. Se casa el sobrino con la señorita Hortensia; ya está concertada la boda, y como proyectan que viva en casa, y la señorita será baronesa, la casa y la servidumbre tienen que representar...

DIEGO. Es el colmo de la insensatez.

LOR. Eso mesmo digo yo.

DIEGO. ¿Pero no estaba proyectada la boda de mi sobrina con el hijo de un comerciante de paños muy rico, un jóven de buenas prendas, abogado...

LOR. Háse trocado la especie. Los padres de la niña, quieren el título del sobrino más que el dinero del comerciante.

CARM. Ayer vino á Madrid; anunció su llegada pidiendo hora para visitar la familia, y se le contestó diciéndole, que ya no habia nada de lo tratado.

LOR. Yo mesmo llevé la carta al Hotel de Rusia donde el mozo pára.

DIEGO. ¡Pondría una cara el pobre muchacho!...

LOR. No se la ví. El camarero pasóle el billete; pero las calabazas no pegan bien.

DIEGO. Veo con agradable sorpresa que te has robustecido, que ya no te quejas de aquellos dolores...

LOR. Gracias á don Bernardo de Sosa, doctor de la Coruña. Es un gran médico, mejorando lo presente. ¡Qué casa! ¡Devinamente puesta!

DIEGO. ¡Mucho lujo!

LOR. Non ví casa más lujuriosa.

DIEGO. ¿Y qué te recetó?

LOR. Una diócesis de melopatía; como con la mano. Ya no me duele nada.

DIEGO. Pues señor, me he metido en un manicomio. (*Suena una campanilla.*) ¿Qué es eso?

LOR. Que esta casa es un campanario.

CARM. La señorita, que se dispone á salir del tocador. Con su permiso de usted, don Diego. (*Váse haciendo una cortesía.*)

ESCENA III.

DIEGO.—LORENZO.

DIEGO. ¿Sabes que esa muchacha ha progresado mucho y parece una señorita?

LOR. Lo malo se pega pronto.

DIEGO. ¿Es malo civilizarse y aprender la ceremonia social?

LOR. ¡Ceremonia! Esa ceremonia trae la casa revuelta haciendo cortesías como los muñecos; pero yo siempre el mesmo.

DIEGO. Sí, ya veo que no has variado. ¿Y cuáles son tus ocupaciones?

LOR. Esperar visitas: vienen machos, y doy tres golpes á la esquila. Vienen hembras y doy dos. Viene un antiguo amigo del amo, de chaqueton, y digo: «El señor no recibe.» Vienen las vecinas de la calle de Leganitos, y digo: «La señora no recibe.»

DIEGO. ¿Con que ni el señor, ni la señora reciben á sus antiguos conocimientos?

LOR. Las gentes de mal tono, non cuelan.

DIEGO. Lo cual es un exceso de soberbia y un motivo justificado para granjearse el ódio de las personas.

LOR. Ya, ya murmuran y ponen motes al matrimonio.

DIEGO. ¿Y está mi hermano satisfecho de su nueva posicion?

LOR. ¡Vaya! Viste muy currutaco... Aunque, diciendo verdad, no entra por el aro; no se domestica. La señora es la que está en todos los equilibrios de la finura. Hace muecas, reverencias, y dice palabras muy pulidas.

DIEGO. ¿Y mi sobrina Hortensia?

LOR. Lo mejor de la casa, mejorando lo presente. Esa no tiene vanidad; muy cariñosa, en la señorita no hay nada postizo.

DIEGO. Educada desde los primeros años en los principales colegios de la córte, será una verdadera señorita.

LOR. No la falta requilorio de señorío. Veo venir á la señorita, al ángel de la cosa, y ma retiro al banco, que este no es mi sitio. Con su premiso. (*Váse por el foro haciendo una cortesía.*)

ESCENA IV.

DIEGO, luego HORTENSIA.

DIEGO. ¡Pobre hermano mio! Le veo al borde de un precipicio, y mi cuñada tendrá la culpa. Aquí viene mi linda sobrina.

HORT. (*Sale corriendo y abraza á Diego.*) Cuando me dijeron que habia usted venido, comenzó á palpitar mi corazon y no podia vestirme con sosiego. ¿Dónde ha estado usted? ¿Por qué no viene usted más á menudo?

DIEGO. Si todos los que residen en esta casa fueran como tú, te complacería... y me complacería, porque te quiero mucho y me consta que soy correspondido; pero tu madre...

HORT. Siempre lo mismo. Si la regaña usted; si no hay cosa que haga mi pobre mamá que no le desagrade á usted.

DIEGO. Y como tengo razon en cuanto digo...

HORT. Porque es usted poco tolerante....

DIEGO. ¿Y á donde vas tan emperegilada?

HORT. ¿Qué le parece á usted este vestido? Le estreno; ayer me lo trajo la modista; y otro á mamá. ¿Le gusta á usted?

DIEGO. Mucho... pero quisiera que no lo llevaras tú.

HORT. ¿Y por qué?

DIEGO. Porque es impropio de una niña soltera. Las jóvenes de tu edad, deben vestir muy sencillas, para no dar al traste con la modestia, que es vuestro atractivo natural.

HORT. Dispénseme usted que le interrumpa, querido tio. Mis condiscípulas de colegio, que pertenecen á la aristocracia, usan trages de seda, y se ponen aderezos de mucho valor.

DIEGO. Habrá excepciones, en las cuales no habrás reparado.

HORT. ¡Qué cosas dice usted!

DIEGO. Por eso me llamas intolerante.

HORT. ¿Y qué inconveniente puede haber en que una jóven, cuyos padres son ricos, vista con lujo? ¿A quién ofende?

DIEGO. A la modestia, que es el encanto de los pocos años, y á los jóvenes solteros.

HORT. ¿A los jóvenes solteros? ¿Por qué?

DIEGO. Porque se asustan; y el que sustentára el pensamiento de pedir tu mano, al observar ese boato, consultaría consigo mismo, y su prevision le aconsejaría huir de una costumbre inveterada que no podria dominar sino á costa de amargos sinsabores.

HORT. Pues eso ya está remediado; y ha de saber usted que tengo novio... y que me voy á casar...

DIEGO. Con tu primo Zacarías.

HORT. ¿Quién se lo ha dicho á usted?

DIEGO. Lo he sabido. Se le creia muerto.

HORT. Y ha resucitado en Buenos-Aires.

DIEGO. ¿Y estás contenta?

HORT. ¿Pues no he de estarlo? Me querian casar con un desconocido, y me puse muy triste... ¡si viera usted que triste me puse! Zacarías y yo nos hemos criado juntos, y hemos pasado nuestra infancia, y nuestra niñez profesándonos mucho cariño, y cuando partió para Méjico, hace diez años, lloré lo que usted no puede figurarse; y se me quitaron las ganas de comer. Me escribió varias veces, y en una de sus cartas me dijo que me amaba, y me exigió que le jurase que no me casaria con nadie más que con él, y yo se lo juré.

DIEGO. ¿Con toda solemnidad?

HORT. Mire usted: pinté con tinta una cruz sobre el papel...

DIEGO. A manera de escribano para dar fé.

HORT. Verá usted... Debajo de la cruz escribí lo siguiente: «Por la cruz que va encima te juro que no me casaré mas que contigo. Hortensia Minglanilla.»

DIEGO. Pero te ibas á casar con otro.

HORT. Bien á pesar mio; pero nos dieron la seguridad de que Zacarías habia muerto en la Habana.

DIEGO. Yo he tenido carta suya, y á dar esa noticia he venido.

HORT. ¿Y qué le dice á usted?

DIEGO. Me anuncia su arribo al puerto de Santander, y que se prepara á venir á la córte, y nada más.

HORT. ¿Le han dicho á usted que voy á ser baronesa?

DIEGO. Sí. ¿Te halaga el título?

HORT. Mamá está loca de contenta; pero á mí lo que me halaga es mi primo Zacarías. Aquí viene mamá.

ESCENA V.

DIEGO.—HORTENSIA.—TERESA, que sale vestida en traje de calle con quevedos de oro montados en la nariz.

HORT. Mamá, mi tio.

TER. Ya me trasmitieron el aviso. *(Con petulancia.)* Deploro tenerte que manifestar que serán muy breves los momentos que podremos consagrarte. Estamos esperando á la marquesa de Villatorcida, que nos ha rogado con encarecimiento la acompañemos á un concierto matutino del príncipe Alfonso.

DIEGO. No seré yo quien interrumpa tu proyecto.

TER. Pero lo que acabo de emitir no es un obstáculo para que permanezcas de pié. Siéntate y tendremos un coloquio transitorio mientras termina tu hermano su *toilette*. *(Se sientan.)*

DIEGO. Está muy bien. *(Sentándose y mirando á Teresa con socarronería.)*

HORT. *(Siempre de pié.)* Por usted no pasan dias, á pesar de esos bigotazos blancos. Bien, que si he de decir la verdad, unos bigotes como los de usted me agradan.

DIEGO. ¿De veras? *(Riendo.)*

TER. ¡Miren la majadera! Cualquiera que te oyese pensaria que ibas á enamorar á tu tio.

HORT. Eso no; pero yo tengo amigas de mi edad que me han dicho: «Chica, qué guapo es tu tio.» Y lo dicen de corazon; porque un hombre tan sano y tan elegante, es preferible á muchos jóvenes.

TER. Niña, ¿sabes que te veo muy torpe y muy desatinada? Ni á tu tio pueden gustarle esas exageraciones que están en desacuerdo con sus años...

DIEGO. Cincuenta y ocho... pero soy útil todavía.

TER. *(Aparte.)* ¡Qué incivil!

DIEGO. Los requiebros de mi sobrina son hijos de su inocencia. Si me los echáras tú... (*Movimiento de disgusto en Teresa.*) los tomaria en cuenta.

TER. Hombre, ¿de veras?

DIEGO. Para prepararme á la retirada.

TER. (*Agitando el abanico.*) Por el parentesco.

DIEGO. No, porque tengo buen gusto y me agradan las muchachas más que las jamonas añejas.

TER. Vienes galante en demasía.

DIEGO. Conozco que valgo poco, y si los viejos que á mí se parecen simpatizan con la mocedad femenina, será porque procuran alcanzar con las formas dulces el atractivo que se llevaron los años. Las pobres niñas no analizan, pero observan el contraste.

TER. Pero decir que le gustan los bigotes blancos es demasiado disparatar.

HORT. Pues delante de usted lo he dicho varias veces, comparándolos con los de papá, que se los tiñe de negro.

TER. Pero niña.

DIEGO. Comprendo que tu madre se tiñera el cabello; pero mi hermano...

TER. ¡Yo no me tiño nada!

DIEGO. Pero te pones lo que no necesitas.

TER. ¿Qué es lo que yo me pongo?

DIEGO. Por aparentar elegancia, adornas tu nariz con unos quevedos...

TER He descubierto que soy miope.

DIEGO. Yo creí que lo eras únicamente de entendimiento.

TER. (*De pié.*) Lo que yo veo es, que no penetras una sola vez por esta tranquila morada, que no sea para tener una escena inconveniente y desabrida.

HORT. Vamos, sosiéguense ustedes.

DIEGO. Procuraré evitarlas. He visto la transformacion de tu casa; esta decoracion de teatro donde representais la

comedia, y me retiro ofreciéndoos mi nuevo destino de médico municipal en la casa de socorro del distrito de Palacio, antes que se represente la tragedia. (*Hace que se va.*)

HORT. ¿Pero se ausenta usted sin saludar á papá?

DIEGO. Temo que eso produzca una nueva contienda; y para evitarlo...

HORT. Pongamos todos de nuestra parte para que eso no suceda... ¡Mi papá se acerca! No dé usted á entender su enojo.

DIEGO. Pero si yo no estoy enojado.

TER. (*Aparte.*) Preveo, que el tonto de mi marido va á dar ocasion á otra tormenta. (*Sale Alberto de frac y con la placa de Isabel la Católica en el pecho, queriendo ostentar elegancia sin tenerla.*)

ESCENA VI.

DICHOS.—ALBERTO.

ALB. Perdona mi tardanza, Diego, pero estaba, cuando llegaste, en calzoncillos. .

TER. (*Aparte y tosiendo.*) Ya empezamos á disparatar.

ALB. (*Mirando á Teresa.*) La señita de marras.

TER. Estaba en paños menores.

DIEGO. Lo he supuesto.

ALB. ¿Qué dices de lo que ves? ¿Qué te parece mi casa? ¿Qué te parece mi Teresa? Mi señora; ahora la llamo mi señora.

DIEGO. Me parece bien todo lo que veo.

ALB. ¿Y qué te parezco yo? ¿Qué te parece este aparejo?

TER. (*Tosiendo*) ¡Dios mio! ¡Me solfuro!...

ALB. (*Mirando á Teresa.*) ¡Otra te pego!

HORT. (*Aparte.*) ¡Pobre papá!

TER. Pero ¿qué necesidad tienen de entrar en esos pormenores frívulos, y tan ridículos como incultos?

ALB. Ya pareció la palabra. A un hermano se le dan satisfacciones; y mi hermano se alegrará de verme así, porque le imito. ¿No es verdad, Diego? ¿Te acuerdas cuando me decias que me afinara? Pues ya estoy afinado.

DIEGO. Pero no has buscado el justo medio.

ALB. *(Adelantando el pecho.)* ¿No me dices nada?

DIEGO. ¿De qué?

ALB. ¿Tan escondida está que no la ves? (*Señalando á la placa.*)

DIEGO. Ya he visto que eres condecorado.

ALB. No dirán ahora que soy un cualquiera.

DIEGO. Los que te conozcan, dirán que eres Alberto, aquel almacenista de la calle de Leganitos, y se burlarán de tí; y los que no te conozcan, dirán que eres un necio por ostentar la placa en un concierto.

ALB. (*A Teresa.*) Ya pareció la envidia. ¿No te lo dije? Si soy profeta.

TER. No me sorprende

HORT. Querido tio, usted deberia acompañarnos. ¿Quiere usted que le presente á la marquesa? Es una señora muy amable y muy cariñosa.

DIEGO. Dejaria de serlo cuando me conociera. Además, me llama la obligacion á otra parte.

ALB. (*Bajo á Teresa.*) Le voy á dar cordelillo para que le coma la envidia.

TER. (*Bajo á Alberto.*) Bien pensado. Yo tambien.

ALB. (*Paseándose y oprimiendo los guantes, que no le entran.*) ¡Qué piel tan suave! Parece que no lleva uno nada en las manos; parece que van las manos en carne viva.

HORT. (*Aparte*) ¡Qué cosas dice mi papá!

ALB. (*Mostrando los guantes á Diego*) Piel muy fina; piel de perro.

DIEGO. Es más fina la de gato.

TER. (*Registrando el velador.*) ¿No ha venido la «Moda Elegante?»

HORT. No viene más que los sábados.

ALB. (*Tomando un álbum y mostrándolo á Diego.*) Mira qué libro; todo lleno de caras.

TER. Retratos de celebridades contemporáneas.

DIEGO. Por eso te has puesto tú la primera.

ALB. (*Riendo.*) Y yo el segundo.

DIEGO. Tú eres otra celebridad.

ALB. ¡Qué parecido estoy! Estoy hablando, ¿no es verdad? De pié, mi Teresa, digo, mi señora, quiso que me retrataran de pié para estar más garboso. Mira la placa. ¡Qué parecida está la placa! Está hablando.

DIEGO. Atronando los oidos.

DIEGO. Mira; un guante puesto y otro quitado, para que se me vean los anillos. Mira la cadena del reloj.

DIEGO. Tambien está muy parecida.

ALB. El reloj no se ve.

DIEGO. Debias habértelo puesto en la mano, enseñándolo, así. (*Demostrando.*)

ALB. No dí en ello. (*Sacando el reloj.*) Míralo; oro de ley; diez mil reales, chico; pero tiene organillo por dentro cuando dá la hora. (*Remedando.*) Tingli, tingli, tingli...

DIEGO. (*Aparte.*) ¡Qué inocente!

ALB. Es necesario dar lustre al novio. ¿Sabes que Hortensia se casa? Con Zacarías.

DIEGO. Ya me han dado la noticia.

ALB. Ha heredado el título de su padre, como ascendiente por línea recta.

TER. Descendiente.

ALB. Lo mismo dá. El chico es baron, y la chica será barona, y mi Teresa y yo seremos... Eso es lo que no recuerdo.

TER. Parientes afines... colectorales.

ALB. Ahora recuerdo... Conviene avisar á los criados, que cuando se presente Zacarías le den tratamiento como á mí.

TER. Ya están avisados. No me duermo.

ALB. Esta no se duerme... mas que cuando tiene sueño.

DIEGO. ¿Los criados te dan tratamiento?

ALB. De excelencia. Dice mi amiga la marquesa de Villatorcida, que me lo dá esta placa. Todos me dan excelencia; á nadie se lo apeo; pero á tí te consiento que me hables de tú.

DIEGO. Es de agradecer la fineza. (*Sale Lorenzo y presenta á Alberto una bandeja plateada con una tarjeta.*) ¿Qué es eso? ¿Es algun regalo?

LOR. Háme dicho la señora que los papeles y tarjetas los presente...

TER. En una bandeja, como lo exige el buen tono. Recógela y dínos de quién es.

ALB. Es verdad, que tú no sabes leer.

TER. (*Aparte.*) ¡Otra torpeza!

ALB. (*Leyendo con dificultad.*) La marquesa de Villatorcida.

TER. (*Con aturdimiento.*) ¡La marquesa!

ALB. ¡La marquesa!

TER. No la hagamos esperar en la puerta con su carruaje.

ALB. Sí; no la hagamos esperar. (*Andando de un lado para otro.*)

TER. (*A Lorenzo.*) ¿Quién te dió la tarjeta?

LOR. Un lacayo.

HORT. No se precipiten ustedes.

TER. ¿Dónde está mi sombrilla?

HORT. Tómela usted. (*Cogiéndola del velador.*)

ALB. (*Apretando los guantes, que no le entran.*) ¡Cáscaras, que no quieren colar!

DIEGO. Siendo la piel de perro, es extraño...

ALB. ¿Dónde está mi sombrero?

HORT. Aquí le tiene usted. (*Tomando el de Diego, que estará sobre una silla.*)

ALB. (*Tomando el sombrero y poniéndoselo entre las piernas para seguir calzándose los guantes.*) Tengo la mano sudada...

TER. (*Confusa.*) ¿Dónde está mi tarjetero de piel de Rusia?

HORT. ¿Para qué le quiere usted, si no vamos de visitas?

ALB. (*A Lorenzo.*) ¿En dónde está mi baston?

LOR. (*Que anda apurado con la bandeja en la mano.*) Su excelencia lo sabrá.

ALB. (*Apurado con los guantes.*) Corre por él á mi tocador.

LOR. Voy volando. (*Váse.*)

TER. No hagamos esperar á la marquesa.

ALB. (*Desesperado.*) No trabajo más. (*Renuncia y coge el sombrero.*)

TER. Vamos.

ALB. (*Da una vuelta y pisa la cola á Teresa.*) Aguarda que me traigan el baston.

TER. ¡Que me pisas la cola! Mira por dónde vas.

HORT. Pero no se aturdan ustedes.

ALB. ¿Viene mi baston?

TER. ¿Para qué le quieres, si vas en carruaje? (*Le coje del brazo.*) Vamos, que estará impaciente la marquesa. Niña, tú delante.

HORT. Adios, querido tio. (*Vánse precipitados.*)

DIEGO. Se han vuelto locos. (*Sale Lorenzo con el baston mientras que Diego busca su sombrero.*) Esto no tiene soldadura.

LOR. ¿No ha esperado el baston su excelencia?

DIEGO. Lo que ha hecho su excelencia es llevarse mi sombrero en lugar del suyo. Veré si los alcanzo. (*Váse apresurado con el sombrero de Alberto en la mano.*)

ESCENA VII.

LORENZO, luego GUSTAVO.

LOR. Todos salen á la disparada y yo ma quedo con el baston. Arrimarélo aquí. (*Le pone sobre el velador.*) Si otra vez lo necesita, verálo. ¿Qué hago ahora? ¡Ah! repasar las estruciones que ma dado la señora. (*Sacando un papel del bolsillo.*) Es letra de su marido. Veamos. (*Leyendo.*) «Cuando llegue el señorito Zacarías le recibirás dándole el tratamiento de excelencia.» Eso ya yo lo sabia «Llamarás á Cármen para que ella le asista en todo lo que necesite.» Ella sabrá lo que un baron necesita. «Inmediatamente correrás á dar aviso al circo del Príncipe Alfonso, palco núm. 12.» No dice más. (*Guardando el papel.*) Harélo como me lo manda. (*Sale Gustavo.*)

GUST. (*Desde el foro.*) ¿A qué cuarto pertenecerá la familia que ha montado en el coche?

LOR. ¿Quién es?

GUST. (*Con dignidad.*) ¿Está en casa el Sr. D. Alberto Minglanilla?

LOR. (*Quitándose la gorra.*) Acaba de salir con la familia.

GUST. ¿Son, por ventura, los que han subido en un coche?...

LOR. El señor, la señora y la señorita.

GUST. ¡Voto al diablo! (*Paseando con desesperacion.*) ¿Cuándo estarán de vuelta?

LOR. (*Con la boca abierta.*) Si será...

GUST. ¿Qué mira usted con esa cara de estúpido?

LOR. ¿Llámame estúpido? El és.

GUST. ¿Qué murmura usted?

LOR. Disimule la estravagancia. ¿Es su personalidad el novio de la señorita Hortensia?

GUST. Soy su prometido; no he renunciado.

LOR. Perdone su excelencia. Tengo mis estrucciones. ¡Cár-men! ¡Cármen! (*Váse.*)

ESCENA VIII.

GUSTAVO, luego CÁRMEN.

GUST. ¿Qué significa esto? Yo que venia preparado á decir á don Alberto las verdades del barquero, lo mismo que á su esposa, me reciben dándome excelencia. O me han equivocado con otro, ó se han arrepentido de haberme dado calabazas. Y habrán hecho bien de arrepentirse, que no es de caballeros concertar una boda, autorizar un viaje, llegar y ser despedido bruscamente por medio de una carta. ¿Soy algun calave-ra? Vengo á saber el motivo de la repulsa. Es necesario que yo ponga á salvo mi decoro y mi dignidad. (*Sale Cármen y hace una reverencia.*)

CARM. Ya ha salido á todo escape Lorenzo al Circo del Príncipe Alfonso á dar aviso á los señores de la llegada de vuecencia. Tengo órden de recoger su equipaje y llevarle á su habitacion. ¿Dónde está el equipaje?

GUST. En el hotel.

CARM. ¿Pues qué, no va vuecencia á vivir en casa?

GUST. Antes que entremos en materia, suprime el tratamiento.

CARM. No puedo desobedecer á mis amos. Es un encargo especial de los señores, y de la prima de vuecencia.

GUST. ¿De mi prima?

CARM. Sí, señor, de la señorita Hortensia, que me encargó dijese que la disimulára si no le recibia, como la más obligada, porque tenia empeñada su palabra con la marquesa de Villatorcida de acompañarla al concierto...

GUST. ¿Con que dices... que mi prima Hortensia?...

CARM. Sí, señor; la señorita ha sido la que más ha sentido

no recibir á vuecencia. Está enamoradísima; el nombre de Zacarías no se despega de sus lábios.

GUST. (*Aparte.*) Me toman por el primo. Sigamos la farsa á ver lo que descubro. *(Alto.)* ¿Con que tanto ama á su primo?

CARM. Y lo encuentro natural; se conocen sus excelencias desde niños, y esas cosas no se olvidan.

GUST. ¿Pues no tenia concertada la boda con un jóven?...

CARM. Con don Gustavo Quiñones.

GUST. Así creo que se llama.

CARM. Le han dado calabazas. Se supo que vuecencia vivia, y la señorita se puso loca de contenta. ¿Quién habia de pensar que despues de diez años de ausencia?...

GUST. Ello es, que resolvieron despedir al otro.

CARM. Desde luego. La señorita se casaba á disgusto con don Gustavo... Por eso se le dió pasaporte. Pero yo me detengo demasiado, y debo cumplir las órdenes que se me han dado.

GUST. ¿Cuáles?

CARM. Prevenir á la cocinera, á fin de que le prepare algo, mientras que yo aderezo su habitacion adornándola de la manera que me ha indicado la señorita Hortensia. Con permiso de vecencia. (*Váse haciendo una reverencia.)*

ESCENA IX.

GUSTAVO, luego ZACARÍAS.

GUST. Esta muchacha, equivocándome con el primo, me ha inspirado el medio de vengar mi amor propio ofendido. Hace diez años que no se ven... En diez años, y á cierta edad, se mudan las facciones de los hombres... ¡Qué idea me ocurre! (*Aparece Zacarías pobre y ridículamente vestido, con un saco de noche en la mano.*)

ZAC. Nadie me ha atajado el paso; encuentro la puerta abierta... *(Mirando á todos lados con asombro.)* No es posible que este sea el cuarto de mi tio.

GUST. ¿Quién será este facha?

ZAC Me han dicho que ha mejorado de domicilio; pero de esto á la trastienda del almacen hay mucha desemejanza. (*Viendo á Gustavo.*) Disimule usted, caballero. Creo haberme equivocado...

GUST. ¿A quién viene usted buscando?

ZAC. A don Alberto Minglanilla.

GUST. Esta es su casa.

ZAC. No lo hubiera creido; mire usted lo que son las cosas. ¿Está visible?

GUST. Sí, señor, en el concierto del Príncipe Alfonso; allí está con su mujer y su hija.

ZAC. Pues hasta cierto punto me agrada la noticia.

GUST. ¿Por qué?

ZAC. Porque de esa manera tendré tiempo para ensayar la comedia que debo representar. ¿Es usted de la casa?

GUST. En ella me encuentra usted.

ZAC. Esa es una respuesta ambígua, pero afirmativa. (*Soltando el saco.*) Aunque me vé usted de esta manera, es decir, tan deteriorado, no soy lo que represento.

GUST. No lo extraño; dice el adagio, que debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor.

ZAC. Conmigo no reza ese adagio; porque yo no tengo capa ni buena, ni mala; pero soy buen bebedor... y buen comedor. Se lo digo á fé de Zacarías Minglanilla, baron de las Tres Veredas.

GUST. (*Con sorpresa.*) ¿Es usted el baron que esperan...?

ZAC. El mismo, caballero; baron con *b*, y varon con *v* consonante; baron duplicado.

GUST. ¿Tendrá usted una fortuna en armonía con su título?

ZAC. No, señor; entre mi título y mi fortuna hay una des-

entonacion terrible; y lo mas triste del caso es, que no hay batuta que establezca la armonía.

GUST. ¿Es posible?

ZAC. ¿No se lo demuestra á usted mi pelaje? Desde que murió mi papá, mi vida ha sido una série de extravíos lamentables. Hé sido todo un calavera. Supe que mi tio me buscaba con afan; acertó con mi residencia; me llama, y acudo solícito como el hijo pródigo, á confesar mis errores y pedir la absolucion y dinero. Pero como usted comprenderá, esto no se hace de repente.

GUST. Sí, convendria ir preparando el terreno...

ZAC. Eso, ir preparando el terreno, porque mis pecados no pertenecen á la categoría de los veniales; son muy gordos. Hay uno, sobre todos... ¡¡Ay Julieta!!

GUST. Hable usted con franqueza. Entre jóvenes... ¿Quién no hizo picardigüelas?

ZAC. Tiene usted cara de calaverilla. Me parece que vamos á simpatizar.

GUST. ¿Quién lo duda?

ZAC. Pero ante todas cosas, ¿quién es usted?

GUST. Soy, como usted, sobrino de don Alberto.

ZAC. ¿Por parte de madre?

GUST. Justamente.

ZAC. Entonces es usted hijo de Serapio Cabezudo, el prestamista de la calle de la Bola, que casó...

GUST. El mismo.

ZAC. ¿Con que somos primos? Toca esos cinco. (*Se dan la mano.*) Aconséjame; ¿qué debo hacer? Hemos convenido, en que es necesario preparar el terreno.

GUST. ¿No tienes otra ropa?

ZAC. Contempla en mi pobre figura la imágen del caracol.

GUST. ¿Pues y este saco de noche?

ZAC. Es un recuerdo de Julieta.

GUST. ¿Quién es esa Julieta?

ZAC. Una bailarina francesa, que se prendó de mis atractivos... Ya te contaré más despacio; es una historia muy larga... Hablemos del saco. En ése saco no va más que mi pasaporte, y el título de baron, que no lo he vendido porque no me lo han querido comprar.

GUST. Es extraño, que un título de nobleza no haya tenido codiciosos...

ZAC. Y eso que lo daba barato... Vamos, primo; tu cara revela que eres hombre de chispa. ¿Qué me aconsejas?

GUST. El caso tiene sus dificultades... ¿Quieres que te dé un arbitrio?

ZAC. ¿Pues no he de querer? Habla.

GUST. Yo creo, que para ir preparando el terreno, como antes digimos, convendria que no te dieses á conocer de repente, que te presentaras con otro nombre, y fueras explorando la voluntad del tio.

ZAC. ¡Qué idea tan luminosa! Y has de saber que soy muy dado á la farsa; me pinto sólo; tengo un aplomo y un desparpajo...!

GUST. ¿No te reconocerán?

ZAC. Hace diez años que no me ven y he variado mucho. ¡Qué me han de conocer!

GUST. Pues óyeme: hoy esperan á un novio; á don Gustavo de Quiñones; un jóven abogado, hijo de un comerciante de Barcelona, corresponsal del tio. Me han asegurado que no vendrá y los tios no le conocen.

ZAC. Comprendo; diré que soy el novio, ¿no es verdad?

GUST. Eso mismo. Pero no hables de mí, porque los tios me han regañado y hasta me han despedido.

ZAC. Vaya, sacamos en límpio que eres tan calavera como yo. ¿Te has deslizado?

GUST. ¿Quién no se desliza?

ZAC. Tenemos la misma sangre.

GUST. Pues manos á la obra y vuelve con la leccion aprendida.

ZAC. Pero lo más importante se nos olvida.

GUST. ¿Qué?

ZAC. Cuando se representa un papel, es necesario que el traje corresponda... ¿Creerán que el hijo de un comerciante se presente con un traje tan incorrecto?

GUST. Sobran prenderías...

ZAC. Pero me falta el dinero.

GUST. (*Sacando la cartera y de ella un billete de Banco.*) Toma este billete de cuatro mil reales.

ZAC. (*Tomándolo.*) Eres mi Providencia y un nuevo acreedor, á quien satisfaré el dia de la conciliacion. Escuso decirte, que desde ahora seremos amigos inseparables; estamos ligados por el parentesco... A no ser que venga la intrépida Julieta á desunirnos.

GUST. Ya tienes lo que necesitas; no pierdas tiempo.

ZAC. Sí, voy corriendo á comprarme el equipo, antes que me acose la tentacion de duplicar la cantidad...

GUST. ¡Se acerca la sirvienta! Vete, no te vea.

ZAC. Adios; ahí queda el saco. (*Váse apresurado.*)

GUST. No importa.

ESCENA X.

GUSTAVO, luego CARMEN.

GUST. Se prepara el asunto mejor de lo que yo imaginaba; me parece que tengo asegurada mi victoria, sin recurrir á medios violentos. (*Sale Carmen.*)

CARM. Cuando vuecencia guste, ya tiene preparada la mesa. (*Repara en el saco de noche.*) ¿Qué es esto?

GUST. El saco... me lo han traido del hotel; mañana vendrá la maleta.

CARM. Le llevaré á su aposento. ¿Pero no quiere vuecencia tomar un bocado?

GUST. No tengo apetito. Háblame de Hortensia, eso me ali-

menta más, porque la amo tanto... y no me des tratamiento.

CARM. ¡Qué dirán los señores! Me regañarán...

GUST. Cuando estén ellos delante... Díme, ¿cómo hablaba Hortensia de don Gustavo?

CARM. Ha estado á punto de ponerse gravemente enferma; ha llorado mucho... Si tiene por usted lo que se llama idolatría.

GUST ¿Por su primo Zacarías? ¿Por el baron de las tres Veredas?

CARM. Claro, por usted.

GUST. ¿Tiene buen carácter?

CARM. Es un ángel; tiene más talento que sus padres. Sabe tocar el piano, canta, hace muchas labores, y hace otras muchas cosas que usted verá.

GUST. Ya se vé que las veré.

CARM. ¡Qué poco pesa el saco, señorito!

GUST. Es ropa muy lijera la que va dentro.

CARM. Ya está Lorenzo de vuelta.

ESCENA XI.

GUSTAVO.—CARMEN.—LORENZO.

LOR. (*Que entra agitado.*) Ya estoy aquí.

CARM. ¿Cómo tan pronto?

LOR. Topélos antes de llegar al Circo; llevóme y ma trujo él tranvía. Detrás de mí vienen los señores.

GUST. Viene usted afectado.

LOR. Afeitado, sí señor. El tranvía en que yo he venido ha atropellado á un jóven que dicen salia de esta casa, no se sabe de qué cuarto. Iba tan precipitoso, que por más que el pito soplaba no hizo caso.

GUST. ¿Qué señas tenia?

LOR. No le ví la cara. Cuerpo mediano; mal trageado...

GUST. (*Aparte.*) ¡El baron!

CARM. ¿Se ha hecho mucho daño?

LOR. Corrió sangre, pero poca, me dijeron. Le han llevado á la Casa de Socorro.

GUST. Yo debo investigar. (*Aparte.*)

LOR. Vóime á esperar á los señores. ¡Ya cuelan! (*Mirando desde el foro.*)

ESCENA XII.

DICHOS.—ALBERTO —TERESA.—HORTENSIA.

(*Escena animada.*)

ALB. ¡Ven á mis brazos mi querido Zacarías. (*Se abrazan.*)

TER. Y á los mios tambien. (*Le abraza*) ¡Qué guapo! ¡Qué robusto!

HORT. ¿Me conoces?

GUST. ¿Pues no he de conocerte, mi querida prima? (*La abraza.*)

HORT. ¡Cómo me ha conocido, papá!

ALB. La voz de la sangre.

TER. ¡Qué figura tan simpática! Tiene todo el aire de un baron.

ALB. ¿No te lo decia yo? Es de raza; todos hemos sido guapos en la familia.

TER. La marquesa quiere conocerte.

GUST. Tendré mucho gusto...

TER. Come con nosotros. Se ha quedado detrás dando avisos al cochero, y sube muy despacio la escalera.

CARM. Ya ha penetrado en el recibimiento.

TER. (*Cogiéndole la mano.*) Ven para que te conozca. Salgamos á recibir á la marquesa.

ALB. Salgamos á recibir á la marquesa. (*Le coge de la otra mano.*)

GUST. Salgamos á recibir á la marquesa. (*Vánse.*)

HORT. (*A Cármen.*) Tú, Cármen, al comedor.

CARM. ¡Volando! (*Váse.*)

HORT. (*A Lorenzo.*) Tú á variar de traje para ayudar á servir á la mesa.

LOR. ¡Al momento! (*Váse.*)

HORT. Y yo al tocador á ponerme otro vestido. (*Váse y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.—La escena alumbrada.

ESCENA PRIMERA.

GUSTAVO, luego LORENZO.

GUST. (*Saliendo.*) Ya han despedido á la marquesa, que aunque tronada, segun he podido calcular, tiene mucho mundo y ha sabido grangearse el aprecio de esta pobre gente para explotarla. La comida ha sido expléndida; pero, lo mismo la señora de la casa que su infeliz marido, desconocen todavía las formas que exige una mesa cuando hay convidados, y estas cosas no se pueden imitar, si no se aprenden oportunamente. Están encantados con su Zacarías. ¡Qué tia tengo tan adorable y empalagosa! No sabe dónde ponerme; no sabe qué hacer conmigo... Pero el matrimonio, más que á Zacarías, reverencia y agasaja al título de baron; y como no lo soy, el dia que esto se descubra, temo que eso sea un obstáculo insuperable para vencer á mi ridículo rival, por más que él me facilite el camino de mi victoria. (*Sale Lorenzo.*) Mi emisario. ¿Qué te han dicho?

LOR. Que la herida no fué cosa de cuidado; un rasguño, y

que el mesmo médico háselo llevado á su casa, porque han resultado conocidos.

GUST. Me alegro.

LOR. ¿Quiere su excelencia otra cosa que le sirva de cumplimiento?

GUST. Que no digas que te mandé á la Casa de Socorro...

LOR. Lengua apretada, señorito; en mi boca hay un candado. Cuando á mí se ma dice: «Lorenzo, cierra el pico;» Lorenzo aprieta los lábios.

GUST. Buena condicion. (*Dándole una moneda.*) Toma, para que eches un trago.

LOR. (*Tomando el dinero.*) No lo digo por tanto, señorito; sino porque Dios me hizo de esa positura... (*Mirando dentro*) Vóime á mi puesto, que veo venir á los amos. Con su permiso. (*Váse.*)

ESCENA II.

GUSTAVO.—ALBERTO.—TERESA.—HORTENSIA.

GUST. La familia entera.

TER. ¡Qué señora tan distinguida! Venimos hablando de la marquesa. ¿Qué te ha parecido la marquesa, hijo mio?

GUST. Es una señora muy agradable.

TER. Encanta por sus maneras, por la amenidad de su conversacion.

ALB. ¡Y qué bien se pinta! ¡Y qué bien se polvorea!

TER. Se pone los atrebutos del tocador. Se ha empeñado en que la acompañemos esta noche al Real. Está abonada, y nos envita.

HORT. ¿Vendrás con nosotros?

TER. Si tambien le ha convidado.

ALB. (*A Gustavo.*) ¿Te gusta la música?

GUST. Mucho.

ALB. Y á mí tambien; y á tu tia, y á tu prima. A mí cuando

más me gusta es cuando suena el bombo y los platillos.

TER. ¡Alberto!

ALB. ¿Tampoco he de poder decir lo que me gusta?

TER. Pero como el bombo y los platillos son estrumentos atronadores que carecen de melodía, y como la música mejor no es la que hace mucho ruido. ¿No es verdad Zacarías?

GUST. En todo existe un mérito relativo.

TER. ¡El ária de *La Lucía*! ¡Oh, *La Lucía*! ¡Cómo se pega al oido! ¡Cómo se pega al corazon!

ALB. Es una música muy pegajosa.

TER. (*Cantando.*) De un alma inamorata, de un alma inamorata...

ALB. (*Riendo.*) ¡Ay, qué fea te pones!

TER. No seas incivil.

GUST. (*A Hortensia.*) He sabido que eres una profesora; que tocas el piano... y que cantas.

HORT. Te han engañado; soy una principianta.

ALB. Dí que no, que teclea de lo lindo, y hace unos gorgoritos... Cántale algo á tu primo.

HORT. Tiempo queda.

TER. Cántale *La Stella confidente.*

ALB. Eso, la tela con filetes.

TER. ¡Hombre, no digas barbaridades! (*A Gustavo.*) Tienes que disimularle.

ALB. Chico, como no sé hablar francés.

TER. Mejor será que te calles, para que no hables de lo que no entiendes.

ALB. Vamos á otra cosa. Sobrino, ¿qué te ha parecido la comida?

GUST. Excelente. Servicio muy delicado, platos esquisitos y bien condimentados.

ALB. (*A Gustavo.*) ¿Te acuerdas cuando tú y yo pringábamos el tocino?

TER. ¿Pero, callarás?

ALB. Es para recordarle lo que han variado los tiempos. (*Riendo.*) Ahora como garbanzos cuando nadie me vé. ¿Has visto cómo nos servimos la ensalada con tijeras? Ahora comemos á la francesa.

TER. ¡Alberto!

ALB. ¿Has visto, cuando sirvieron los postres, cómo tu tia comió queso con gusanos?

TER. Yo he comido queso de Rochefort.

ALB. Y á todo le pone mostaza.

TER. A la inglesa.

ALB. Chico, cuando tenemos convidados, la mesa es una botica.

TER. ¡Qué necio es mi marido!

ALB. Yo no entro por uvas; entraré en la moda; pero por mi boca no entra lo que no me gusta.

TER. Alberto, no seas rústico ni refractario á la ley del progreso. (*Señalando á Gustavo.*) Mírate en este espejo. Dí si este jóven es aquel Zacarías imberbe que tenias hace diez años.

ALB. Es verdad; no es aquel muchacho que estaba detrás del mostrador, con el pelo cortado al rape, que se comia las pasas y las castañas pilongas...

GUST. ¿Yo hacia todo eso?

HORT. ¿Pero á qué recordar?...

TER. No olvides que hoy es todo un baron.

ALB. Yo tambien lo soy.

GUST. No creí que tenia esas mañas en mi primera mocedad.

ALB. ¿Quién habia de decir que habias de ponerte tan guapeton y tan suelto de coyunturas?... ¿Te acuerdas, Teresa, cuando tuvo el garrotillo? Por poco las lía.

TER. Buen susto llevamos.

GUST. El caso no era para ménos. Pero hablemos del presente. ¿A qué recordar el pasado?

ALB. Cierto; hablemos de la boda, porque es menester pensar en tu casamiento con Hortensia.

GUST. Pero eso es hablar de lo futuro, y creo además que nos apresuramos.

HORT. (*Aparte.*) ¿Qué está diciendo mi primo?

TER. Hijo mio; yo opino de diferente modo.

ALB. Lo que ha de ser mañana, ¿por qué no ha de ser hoy?

GUST. Puede haber algun impedimento que estorbe...

HORT. (*Aparte.*) ¡Dios mio!

GUST. Ahora recuerdo, que desde que he penetrado en esta casa no he cambiado de traje, y si ustedes me lo permiten, pasaré á mi aposento, pondré cuatro letras para el correo, y despues pasaré al hotel para que me traigan el equipaje.

ALB. ¿No le has traido?

GUST. Nada más que el saco de noche.

TER. Manda á mi criado...

ALB. ¿Por qué no te viniste derecho á casa?

GUST. Llegué á Madrid á una hora bastante intempestiva, y me alojé en el hotel... de París. Pronto salgo. (*Váse presuroso.*)

ESCENA III.

ALBERTO.—TERESA.—HORTENSIA.

(*Quedan pensativas Teresa y Hortensia.*)

ALB. (*Aparte.*) ¿Qué les pasa á estas mujeres, que se han quedado tan pensativas?

TER. (*A Hortensia.*) ¿Qué dices, hija mia?

HORT. (*Con tristeza.*) Yo no digo nada.

TER. (*A Alberto.*) ¿Y tú, qué dices?

ALB. (*Confuso.*) ¿De qué se trata?

TER. ¿Ves qué padre tienes, hija mia? No se ha penetrado.

ALB. ¿Y de qué he de penetrarme?

HORT. Soy muy desgraciada. ¡Yo que le amo tanto! ¡Yo que le esperaba con ánsia!

TER. ¿Qué será ello?

ALB. (*Mirando alternativamente á las dos.*) Yo estoy en ayunas...

HORT. ¡Qué frialdad!

ALB. ¿Quién tiene frio?

TER. Hombre, ¿no has oido á Zacarías, que al hablarte de la boda con tu hija ha dicho que nos apresuramos, y que puede existir un impedimento?

ALB. Es verdad que lo dijo.

HORT. ¿Qué impedimento puede ser ese?

TER. Eso es lo que conviene averiguar. (*A Alberto.*) ¿Cuál te parece á tí que pueda ser el impedimento? Ayúdanos á discurrir.

ALB. (*Reflexionando.*) Impedimento... impedimento...

TER. Alguna promesa sagrada...

ALB. ¿Sagrada? Ya dí con el impedimento.

TER. Habla.

HORT. Diga usted.

ALB. Zacarías quiere seguir la carrera de cura.

TER. No digas sandeces. ¿De dónde deduces?...

ALB. Como le gustaba ayudar á misa y vestirse de monacillo.

TER. (*A Alberto.*) Es necesario que tú y yo tengamos una conferencia con Zacarías, para obligarle á que nos hable con franqueza.

ALB. Pues á ello. O herrar ó quitar el banco.

TER. (*A Hortensia*) ¿Qué te parece, hija mia?

HORT. Lo apruebo; y si es lo que yo supongo, que ama á otra mujer... Me moriré de pena.

ALB. Eso sí que no; en cuanto te pongas mala, le tiro por un balcon.

HORT. No quiero que se le haga daño.

TER. No hay para qué exasperarle. El título de baron es muy goloso; un título nobiliario, como dice la marquesa, engrandece á una familia; Zacarías ha tomado formas que seducen, y nada tiene de extraño que él mismo se haya envanecido...

HORT. No me lo diga usted, que yo le amé sin título.

TER. Es necesario hablarle con suma amabilidad, y sobre todo con diplomacia; ¿lo entiendes Alberto? con diplomácia.

ALB. Para eso me pinto sólo. Ya verás cómo desembucha.

TER. El no tardará en salir. Conviene que Hortensia no esté delante, ¿no te parece Alberto?

ALB. Sí; cuanto ménos bulto, más claridad.

TER. (*A Hortensia.*) Auséntate antes que salga, que yo luego te informaré del resultado.

HORT. Consiento; pero yo no renuncio á hablarle tambien.

TER. Primeramente nosotros. A los padres compete la iniciativa; ¿no es verdad Alberto?

ALB. Claro; los padres son padres; las madres, son madres; los hijos, son hijos; las hijas...

TER. (*A Hortensia.*) Vete, no nos sorprenda.

HORT. De ustedes depende mi felicidad ó mi desgracia.

ALB. No te apures, que aquí estoy yo, y aquí está tu madre, y cuando nosotros nos juntamos, es para hacer alguna cosa de provecho. ¿No es verdad, Teresa?

HORT. Hasta luego.

ESCENA IV.

ALBERTO.—TERESA, luego GUSTAVO.

TER. Por Dios, Alberto; mide tus palabras y ten mucho tacto, que el asunto es delicado.

ALB. No parece sino que hablas con algun simple. Ya sé yo dónde me aprieta el zapato.

TER. Es que á veces dices una patochadas...

ALB. Pero todos me entienden.

TER. Ya no eres un cualquiera; eres un hombre de posicion social.

ALB. Y tú una señora de circunstancias.

TER. Y tú, como padre, como cabeza de familia, debes empezar, que yo te ayudaré.

ALB. Sí, entre los dos haremos el fregado... y cuando yo diga algo que no venga á pelo, me tiras del faldon, me guiñas el ojo, ó me arrimas el codo, para corregirme.

TER. Aquí se acerca. ¡Mucha dulzura! ¡Mucha lisonja!

ALB. Bueno. Me estaré siempre riendo.

TER. Dignidad, al mismo tiempo.

GUST. (*Saliendo.*) Vamos á echar esta carta en el primer buzon que encuentre; y luego al hotel para que me traigan el resto del equipaje.

TER. (*Bajo á Alberto.*) Díle que se detenga.

ALB. Oye, chico; detente. Tenemos que hablar... y vamos á sentarnos.

GUST. (*Aparte.*) ¿Qué será esto? (*Se sientan los tres.*) Ya está usted complacido.

ALB. Pues señor, como dijo el otro, más vale pájaro en mano que buitre volando.

GUST. Es un adagio antiguo, ¿Pero á qué viene?...

ALB. Este es, digámoslo así, el preámbulo para decirte, que mi hija Hortensia está muy triste. (*Teresa le tira de la levita.*)

GUST. ¿Triste?

ALB. Yo te diré... Triste no... Quise decir, que está muy alegre. (*Teresa le tira de la levita.*)

GUST. ¿En qué quedamos?

ALB. Pues mira, quedaremos, en que ni está triste, ni alegre.

GUST. ¿Pues cómo está?

ALB. Como los niños del Limbo, sin pena ni gloria.

GUST. Cada vez entiendo ménos lo que usted quiere significarme.

ALB. (*A Teresa.*) ¿Oyes lo que dice?

TER. (*Con excesiva dulzura.*) Yo aclararé el punto.

ALB. Tu tia lo aclarará.

TER. Hijo mio, empezaré por lo esencial para que haya lógica.

ALB. Eso; empieza por la lógica.

TER. Calla.

ALB. Callo.

TER. Díme, sobrino mio, ¿amas á Hortensia de corazon?

GUST. ¡Entrañablemente!

TER. ¡Bendita sea tu boca! Lo has dicho de manera que es necesario creerte.

ALB. Lo ha dicho con mucha formalidad.

TER. Calla.

ALB. Callo. Todo quieres hablártelo tú.

TER. Entonces, sobrino del alma, ¿por qué has dicho al mencionarse tu boda con tu prima, que podia existir algun impedimento?

ALB. Ahí esté el busilis; en el impedimento. Esa palabra es la que nos ha hecho cosquillas.

GUST. (*Titubeando.*) Lo dije... es verdad... pero...

TER. Acaba.

ALB. ¡Anda! ¡Suéltala! ¡A la una, á las dos!...

TER. Calla.

ALB. Es para animarle.

GUST. (*Riendo.*) Ya vendrá el momento oportuno para explicar... Yo debo hablar primero con Hortensia...

(*Aparece Lorenzo trayendo una carta en una bandeja.*)

LOR. ¿Se puede pasar?...

TER. ¿Qué se ofrece?

LOR. (*Se adelanta y presenta la bandeja.*) Esta carta. (*La toma Alberto.*)

ALB. ¿De quién será? (*La abre.*)

TER. La firma te lo dirá. (*Váse Lorenzo.*)

ALB. (*Mirándola.*) De mi hermano. (*De pié.*)

TER. (*De pié.*) ¡Alguna cosa desagradable! (*A Gustavo.*) Tú no le recordarás... tan amigo de los viajes, le viste poco. (*A Alberto.*) ¿Qué dice?

ALB. (*Leyendo con dificultad.*) «Querido Alberto:» Dos puntos. «Aunque no pensaba volver á tu casa, un in-»cidente me obliga á visitaros, y presentar á una per-»sona importante que necesita hablaros acerca de un »asunto de grande interés para ustedes. Pónme á los »piés de Teresa... etc.»

TER. ¿Quién será esa persona importante?

ALB. Algun obispo.

TER. Reflexiona, sin embargo, que con este traje no estamos presentables; es necesario variar de ropa. Tú á tu tocador, y yo al mio.

ALB. ¿Me pongo la placa?

TER. No será menester.

ALB. (*A Gustavo.*) Chico, de algun tiempo á esta parte, no tengo otra ocupacion que vestirme y desnudarme.

GUST. Yo aprovecharé el momento...

TER. No te ausentes, Zacarías; yo te lo ruego, que es necesario que respondas pronto de una manera concreta. Alberto, á nuestra *toilette.*

ALB. No te vayas, verás qué currutacos vamos á salir.

TER. Hijo, es preciso pagar tributo riguroso á las exigencias del mundo fasionable.

ALB. Fasionable.

TER. Y á tu título de baron. (*Váse presurosa.*)

ALB. ¡Lo mismo digo! (*Váse detrás de Teresa.*)

ESCENA V.

GUSTAVO, luego HORTENSIA.

GUST. ¡Vaya un matrimonio delicioso! ¡Pobre Hortensia! Le hace daño mi estudiada indiferencia; eso indica que me ama. Pero revelarle quién soy puede producir en ella alguna reaccion, y hasta no estar seguro de su amor, y de que no la fascina el título de baron, no debo...

HORT. (*Saliendo.*) Está solo. Ya mis padres le habrán hablado... ¡Ingrato!

GUST. (*Consultando el reloj.*) Yo debo ausentarme y volver...

HORT. ¿Te esperan?

GUST. Cuando estoy en tu presencia no me espera nadie.

HORT. Gracias á Dios que ha salido de tus lábios una frase de galantería.

GUST. ¿Hemos tenido ocasion de vernos solos, como ahora nos encontramos?

HORT. Ya... ¿Ese ha sido el motivo? Creí que tu frialdad nacia de otra cosa. Imaginé que tu corazon estaba en otra parte, y que habias olvidado...

GUST. Pensabas mal, querida Hortensia. Mi corazon es tuyo.

HORT. ¿Mio? ¿No me engañas? ¿Recuerdas nuestro juramento?

GUST. ¿Quién lo ha olvidado?

HORT. Se habla de nuestra boda, y dices que puede haber algun impedimento...

GUST. De tu parte.

HORT. ¿De mi parte? ¿Cuál?

GUST. He visto, querida Hortensia, que tus padres dan mucha importancia al título de baron. Esta frivolidad es lo que más los entusiasma, y se me ha figurado que tú tambien participas de ese entusiasmo. Esto me ha preocupado.

HORT. ¿Qué dices?

GUST. Creo que al hombre se le debe amar por sus condiciones, y he llegado á sustentar la creencia de que si yo no fuese baron no me amarias.

HORT. ¡Cómo! Te has olvidado de quién soy. El juramento lo hicimos cuando no eras noble todavía. Mis padres podrán envanecerse con ese título; pero yo amo á Zacarías, nada más que á Zacarías.

GUST. Tus palabras me consuelan. ¿Me dices lo que siente tu corazon?

HORT. ¿Por quién quieres que te lo jure?

GUST. Por nadie. Te creo, querida Hortensia. Ya ha desaparecido el impedimento.

HORT. ¿Pues qué te decia yo en mis cartas? ¿Lo has olvidado? ¿Cuál era mi última frase antes de firmar? Repítela.

GUST. ¿Que la repita? (*Aparte.*) ¡Qué apuro!

HORT. Tuya...

GUST. (*Interrumpiendo.*) ¡Hasta la muerte!

HORT. (*Sonriendo.*) No.

GUST. ¿Pues hasta cuándo?

HORT. Hasta exhalar el último suspiro.

GUST. La idea es la misma.

HORT. ¿Quieres que nos sentemos y recordemos las cosas pasadas, cuando vivíamos juntos?

GUST. (*Aparte.*) Me voy á ver negro. (*Alto.*) Sí, querida, nos sentaremos. (*Se sientan el uno frente del otro rodilla con rodilla.*)

HORT. La misma mirada picaresca.

GUST. La misma; no he variado.

HORT. Oye... ¿Te se ha quitado la maña de tirar pellizcos?

GUST. Pues ya lo creo. ¿Te dolian?

HORT. Algunas veces sí. Ya te habrás reformado; antes eras muy atrevido.

GUST. Ya me iré desenvolviendo.

HORT. ¿Te acuerdas cuando me llevabas á cabrito?

GUST. ¿Pues no me he de acordar?

HORT. *(Riendo.)* No podias conmigo, te cansabas.

GUST. Ahora es distinto. Puedo contigo.

HORT. ¡Vaya una gracia! Como que estás más robusto. Hoy es necesario que seamos más formales. Sí, porque antes eras más travieso.

GUST. Mucho; te besaba la mano... *(La besa.)*

HORT. *(Retirándola.)* Ten juicio y vamos á recordar otras cosas... ¡Ah! Tenia que preguntarte... Ya sabes que te mandé dentro de una carta el rizo de cabello que me pedias. ¿Dónde está?

GUST. ¿El rizo? *(Aparte.)* Esta es más negra.

HORT. El rizo... ¿Dónde está el rizo?

GUST. ¿El rizo? ¿Que dónde está?

HORT. Me escribiste que siempre lo llevabas contigo encerrado en el guarda-pelo. *(Registrando los diges del reloj.)* Enséñame...

GUST. Mira, no lo busques, porque no lo vas á encontrar.

HORT. ¿Qué has hecho del rizo?

GUST. Pues verás... El reloj, la cadena y el guarda-pelo que escondia esa preciosa memoria, me los robaron en un hotel. ¡Si vieras lo que sufrí!.. ¡Si vieras lo que lloré!...

HORT. ¿Lloraste? ¡Pobrecito!

GUST. No te lo quise escribir por no darte un sentimiento.

HORT. ¡Cómo ha de ser! Vamos á recordar otra cosa.

GUST. *(Aparte.)* Estos recuerdos me matan.

HORT. ¿Te acuerdas cuando cantábamos juntos la Malagueña?

GUST. ¡Ya se vé que me acuerdo!

HORT. ¡Y cómo te gustaban las Malagueñas!

GUST. Y me siguen gustando todavía.

HORT. Y tenias una bonita voz de tenor.

GUST. Pues ahora la tengo de bajo profundo.

HORT. ¿Te acuerdas de tu copla favorita?

GUST. (*Aparte.*) ¡Cuánto recuerdo, Dios mio!

HORT. La copla de la lechuga.

GUST. Es verdad, la de la lechuga. Tenia instintos de hortelano.

HORT. ¿Cómo empezaba?

GUST. (*Recordando.*) Empezaba, empezaba...

HORT.
«A tu puerta me senté,
á comerme...»

GUST. (*Interrumpiendo.*) ¡Una lechuga!

HORT. Prosigue.

GUST.
«Como la comí sin pan...
enfermé de calenturas.» (*Aparece Diego y escucha.*)

HORT. (*Riendo.*) No era así... La has olvidado.

GUST. Es que la sé de várias maneras.

HORT.
«A tu puerta me senté
á comerme una lechuga,
y en el cogollo encontré
los rayos de tu hermosura.»

ESCENA VI.

GUSTAVO.—HORTENSIA.—DIEGO.

DIEGO. (*Aplaudiendo.*) ¡Bravo, bravo!

HORT. (*De pié.*) ¡Mi tio!

DIEGO. ¡Bravísimo!

HORT. ¿No adivina usted quién es este caballero?

DIEGO. No es fácil adivinar ..

HORT. Es mi primo Zacarías, y sobrino de usted.

GUST. (*Aparte.*) ¡Otro tio!

DIEGO. (*Con malicia.*) ¿Este... es Zacarías?

HORT. El mismo. (*Aparte.*) ¡Cómo le mira! ¡Qué gesto le pone!

GUST. Yo ignoraba que fuese usted... (*Aparte.*) Ni siquiera sé cómo se llama.

HORT. ¿Por qué le mira usted de esa manera?

DIEGO. Como ha trascurrido tanto tiempo... Pero esa fisonomía...

HORT. La suya. Los ojos, la boca, el color... No ha variado más que en la estatura... En la voz. Por lo demás es el mismo. Yo le conocí al momento que le ví.

GUST. Es verdad; me conoció al momento.

DIEGO. La voz de la sangre. La sangre siempre habla.

HORT. Eso fué sin duda, la voz de la sangre.

DIEGO. Mira, Hortensia: anuncia á tus padres mi llegada, pues he prohibido á Lorenzo que toque la campana para no entrar á son de repique como paso de procesion.

HORT. Le dejo á usted con mi primo; con Zacarías... con... mi prometido. (*Al oido.*) Nos vamos casar muy pronto. (*Váse.*)

ESCENA VII.

GUSTAVO.—DIEGO.

GUST. (*Aparte.*) Este tio tiene cara de ser más discreto que el otro, y duda que yo sea...

DIEGO. ¿Con que estoy en la presencia de mi sobrino Zaca rías?

GUST. Así se ha dicho.

DIEGO. Pero usted no lo ha dicho... ¿Se atreve usted á confirmarlo ahora que estamos solos?

GUST. ¿Por qué me hace usted esa pregunta?

DIEGO. Para que usted me responda.

GUST. (*Con resolucion.*) Caballero, me parece que hablo con una persona formal y enemiga de la farsa; yo tambien tengo aversion á la impostura; mi posicion es muy especial, y debo revelar á usted lo que me pasa.

DIEGO. No prosiga usted; lo sé todo. El verdadero Zacarías está en mi casa

GUST. ¿En su casa de usted?

DIEGO. Fué atropellado por un tranvía, y conducido á la Casa de Socorro, de la cual soy médico. Supe quién era y lo hospedé en mi casa, y me lo ha revelado todo. Mi sobrino Zacarías no puede casarse con Hortensia.

GUST. Esas últimas palabras me colman de alegría.

DIEGO. ¿Pero es usted el otro sobrino?...

GUST. No, señor. Yo soy Gustavo Quiñones, hijo...

DIEGO. Conozco á su padre de usted; rico, honrado y laborioso industrial; conozco las dotes que adornan á usted, y protegeré su enlace con mi sobrina.

GUST. ¡Tanta felicidad!

DIEGO. Tenga usted en mí confianza; no haga usted otra cosa que oir, ver y callar, que quiero dar una leccion á mi cuñada, que se ha propuesto arruinar al tonto de mi hermano y hacer desgraciada á esa inocente niña. Váyase usted, y continúe siendo nuestro sobrino Zacarías.

GUST. ¿Cómo recompensarle?

DIEGO. Váyase usted.

GUST. Hasta luego.

ESCENA VIII.

DIEGO, luego ALBERTO y TERESA.

DIEGO. El asunto es grave y es menester obrar con mucha cautela para evitar un conflicto de familia. *(Salen Alberto y Teresa.)*

TER. ¿Y la vesita?

ALB. ¿Dónde está el importante?

DIEGO. ¿La visita? Vendrá.

TER. ¿Y quién es esa persona que tiene tanto interés en conocernos?

ALB. Eso me decia Teresa. ¿Quién será? Y yo le respondia: «Allá veremos.»

TER. Por más que nos hemos devanado los sesos...

ALB. Por más que nos hemos devanado los sesos...

DIEGO. Pudieron ustedes presumirlo.

TER. ¿Nosotros?

DIEGO. ¿No esperaban ustedes á un jóven, á quien tenian prometida la mano de Hortensia?

TER. ¿Don Gustavo de Quiñones?

ALB. ¿El hijo de Nicasio Quiñones?

TER. (*A Alberto.*) ¿No te decia yo que tu hermano venia á darnos otro disgusto?

DIEGO. ¿Pero yo qué culpa tengo de que ese mozo me haya buscado y me suplique le presente?

ALB. Es que nosotros, para no verle, le dimos pasaporte por escrito, y rompí el convenio.

TER. Un convenio verbal de palabra con su padre.

DIEGO. Y aun cuando eso sea; ¿es de personas formales desbaratar un acuerdo ventajoso para vuestra hija?...

TER. Nuestro sobrino Zacarías trae al matrimonio un título de nobleza.

ALB. Por los cuatro costados.

DIEGO. (*Aparte.*) ¡Imbécil!

TER. ¿Ibamos á entregar nuestra hija al hijo de un traficante en paños de Tarrasa, inculto como su padre, sin maneras, sin relaciones distinguidas, etcétera, etcétera?

ALB. (*Con fuego.*) ¡Etcétera, etcétera!

DIEGO. Me dejais atónito.

ALB. Ya la creo; como que no puedes con ésta. ¡Tiene mucho cacúmen! Sabe dónde le aprieta el zapato. ¡Anda, anda con ella, si eres guapo!

TER. ¡Calla!

ALB. Callo.

TER. Nuestro sobrino Zacarías tiene sangre azul.

ALB. Eso no puede ser; la sangre siempre es colorada. Esa no cuela.

TER. ¿Qué sabes tú de estas cosas?

DIEGO. Díme, mujer hinchada y vanidosa, ¿y tú quién eres?

TER. Una casi baronesa.

ALB. Pues yo no me conformo con ser casi baron, sino baron completo.

TER. ¡Calla!

ALB. Digo lo que siento.

DIEGO. (*A Teresa.*) ¡Parece increible que tanto desvanezca y atolondre la soberbia, que nos haga hasta desmemoriados!

TER. No he perdido la memoria.

DIEGO. Enteramente. Soy repulsivo á recordar á nadie lo que fué, cuando veo modestia en la que ha tenido la fortuna de engrandecerse; pero la vanidad perturba el entendimiento de la criatura, y olvidando su orígen, atropella con palabras insolentes los fueros de la virtud y del trabajo, y quiere sobreponerse á los que valen más. A esos es de justicia avergonzarlos y recordarles lo que fueron, para demostrarles lo que son.

TER. ¿Qué soy yo?

DIEGO. La hija de un honrado panadero, que se enriqueció con su tahona, y te dejó una herencia que empleaste en poner un almacen á tu marido, y hacer préstamos onerosos con una usura escandalosa.

TER. (*A Alberto.*) ¿Ves cómo me ultraja? ¿No me defiendes?

ALB. Pero si está diciendo la verdad.

TER. (*Tomando maneras ordinarias.*) Sepa usted, señor don Diego, que yo he ganado mi dinero como me ha dado la real gana; y que soy la dueña de mi casa para hacer lo que se me antoje: ¿se entera usted? Y al que no le acomode así, que tome el portante y no venga á meterse donde no le llaman.

DIEGO. Así me gusta verte, natural; revelando lo que eras; no te ha faltado más que ponerte en jarra.

ALB. Y se pondrá, sí señor; que para eso le ha dado Dios muchísimo salero. (*Sale Hortensia.*)

ESCENA IX.

DICHOS.—HORTENSIA.

HORT. ¿Qué escándalo es este?

TER. ¿Qué ha de ser, hija mia? Que tu señor tio se declara protector de don Gustavo, y quiere que te cases con él.

HORT. Pero, querido tio, si no le amo; si mi verdadero amor lo he puesto en Zacarías.

DIEGO. ¿Qué sabes tú, inocente?

ALB. Más que tú sabe mi chica; tiene más talento que tú al derecho y al revés. (*Suenan tres campanadas.*)

TER. ¡La vesita! (*Reponiéndose y arreglándose.*) Disimulemos. Debo de estar como un pavo de colorada... Que no conozca ese jóven...

ALB. (*A Teresa.*) ¿Quieres que le despida?

HORT. No, señor.

TER. Al contrario. Mucha amabilidad, mucha fenura, y sobre todo mucha circupicion.

HORT. Pero, mamá...

LOR. (*Desde la puerta.*) Señor don Gustavo de Quiñones.

TER. Que pase.

ALB. (*Remedando.*) Que pase. (*Váse Lorenzo.*)

TER. (*Sentándose, á Alberto.*) La sonrisa en los lábios, ¿entiendes?

ALB. Sí, me estaré riendo.

TER. (*A Hortensia.*) Siéntate detrás de mí. (*A Alberto.*) Tú le recibes de pié, haciéndole reverencias y diciéndole que se siente.

ALB. Convenido.

ESCENA V.

DICHOS.—ZACARÍAS.

ZAC. (*Desde la puerta.*) Me reciben con repique de campanas en señal de regocijo.

HORT. (*Aparte.*) ¡Qué estampa!

TER. Adelante, caballero.

ALB. Adelante, caballero.

ZAC. ¿Tengo el gusto de saludar á los señores Minglanilla?

TER. Servidores de usted. Este es mi señor esposo.

ALB. Yo soy su señor esposo, y esta es mi señora esposa.

ZAC. Ya me lo dijo... (*Mirando á Hortensia.*) Y esta preciosa jóven supongo que será Hortensia...

HORT. Mil gracias por la galantería.

ALB. (*Sonriendo y haciendo quiebros.*) De tal hija, tal padre.

ZAC. Lo ha dicho usted al revés; pero he comprendido su idea y su modestia. (*Aparte.*) Tan estúpido como le dejé.

ALB. Siéntese usted. (*Se sienta primero.*)

ZAC. Acepto el reposo. (*Se sienta.*)

TER. Nos ha encontrado usted á la neglిché.

ZAC. ¿Qué importa?

TER. Como se anunció usted de un modo tan improvisto...

ZAC. Esa es mi costumbre. (*Haciendo que repara en Diego.*) Señor don Diego... (*Queriéndose levantar y Diego impidiéndolo.*) No habia reparado...

DIEGO. No se moleste, que yo tambien voy á sentarme. (*Se sienta.*)

ALB. ¿Cómo está mi amigo Nicasio?

ZAC. (*Aparte.*) ¿Qué Nicasio será este? No tiene novedad. (*A Diego.*) Ya usted habrá tenido la bondad de decir á estos señores... á esta noble familia...

DIEGO. Algo he indicado; pero esperaban la presencia de usted, para ser más explícitos.

TER. Verdaderamente, para nosotros habria sido una honra el enlace proyectado; pero no hemos querido violentar las indicaciones de la niña, que ama entrañablemente á su primo Zacarías, hoy baron de las Tres Veredas.

ZAC. (*Aparte.*) ¡Pobre de mí!

ALB. Hicimos ese descubrimiento á última hora, y dijimos yo y mi mujer para nuestro capote: «¡Qué diablos! Todo se queda en casa.»

TER Se amaban desde niños, y los arrullos de la enfancia...

ZAC. (*A Hortensia.*) ¿Qué dice usted á esto, adorable Hortensia?

HORT. Repetiré lo que dijo al principio mi mamá. Yo estoy muy reconocida al favor que usted me ha dispensado... pero usted comprenderá que el corazon no se manda... Amo mucho á Zacarías..:

ZAC. (*Aparte.*) ¡Qué constancia tan maldecida! (*Alto.*) Pues yo, que soy la misma franqueza, me atrevo á decir á usted que conozco mucho á Zacarías; le conozco como á mí mismo, y una señorita de sus prendas no debe casarse con Zacarías. (*A don Diego.*) ¿No es verdad, señor don Diego? Usted sabe, como yo, los puntos que calza...

DIEGO. Sé que es un bribon.

HORT. ¡Pero tio!

TER. ¡Qué manera de calificar!

ZAC. Algo durilla es la frase; sobre todo dicha en mi presencia...

DIEGO. Creo que usted me ha autorizado á dar á Zacarías ese calificativo. ¿No me ha contado usted su vida y milagros?...

ZAC. Efectivamente...

HORT. ¿Pero qué ha hecho Zacarías?

ZAC. Cosas de jóvenes, señorita. Jugar, perder, entramparse con todo el mundo; andar derrotado como un Adan; y si hoy le vé usted regularmente equipado, lo debe á la generosidad de un primo.

HORT. Si es usted amigo suyo, veo que le trata usted con poca caridad. ¿Juega? Ese es un defecto de la juventud, que puede vencerse con el consejo; y si tiene deudas, mi papá las pagará.

ALB. ¡Esas son palabras mayores, castañuela!

HORT. ¡El amor que profeso á mi primo Zacarías es inquebrantable!

ZAC. (*Aparte.*) ¡Reniego de tu constancia! (*Alto.*) Zacarías es un bello muchacho.

HORT. Sí, señor, muy bello.

ZAC. (*Aparte.*) Pues, señor, la clavé de firme. (*Alto.*) Francamente, digo que Zacarías no merece esa constancia, porque ha hecho muchas diabluras.

HORT. Cosas de jóvenes.

ZAC. (*Aparte.*) ¡Cuidado si está encaprichada la moza! Es menester decirlo todo, y salga el sol por Antequera.

TER. Siento infinito tener que reconvenir á usted por su conducta un poco áspera hácia mi sobrino el baron de las Tres Veredas. Para ensalzarse á sí propio no es necesario denigrar á otro.

ZAC. Eso faltaba; que presumiese usted que yo me quiero ensalzar. El señor don Diego podrá decir si es ese mi propósito.

TER. ¿Pero le conoce, por ventura?

ZAC. (*Suspirando.*) Sí, señora; sabe su historia de corrido. ¿No es verdad, don Diego?

ALB. (*A Diego.*) Hombre, habla.

DIEGO. No me lo exijas, porque os vais á enojar.

TER. Conociendo, como conozco, las propensiones de mi cuñado, no extrañaré un desabruto.

DIEGO. ¿Cuáles son mis propensiones?

ALB. Ella te las dirá, que mi mujer... digo, mi señora esposa, no se muerde la lengua.

TER. Sí que las diré, y delante de este caballero, y sin arrebatarme. Mi señor cuñado es un perpétuo espíritu de contradiccion, y hoy, fatigado por la envidia, al ver que penetramos sosegadamente por la senda del gran mundo, puesto que adquiere mi casa un escudo de nobleza, se exaspera, y el frenesí que le devora le aconseja buscar medios artificiosos para anular un enlace frutífico.

ALB. (*Entusiasmado.*) ¡Ni Castelar! ¡Atrévete con mi mujer!

DIEGO. (*Con reposo á Teresa.*) ¿Has acabado?

TER. Tiene usted el uso de la palabra.

DIEGO. En mí no existe ese espíritu contradictorio que supones, ni me devora la envidia, ni puede envidiarse la necedad. Yo os dejaría en el camino escabroso en que habeis penetrado, al amparo de ese escudo que no habeis heredado, y de una marquesa que se burla de vosotros; os dejaría, repito, hasta el dia del escarmiento si no mediara esa inocente niña, ese ángel, al cual quereis llevar á la perdicion entregándola á un truhan, á un libertino...

ZAC. Pero señor don Diego, dulcifique usted sus palabras.

DIEGO. No debo ya disfrazar nada.

HORT. Reflexione usted, querido tio, que yo le amo.

DIEGO. Tú no puedes amar á ese hombre, ni puedes casarte con él.

HORT. ¿Por qué?

DIEGO. Porque además de sus condicciones refractarias á la moral, existe un grave impedimento. (*Todos de pié.*)

HORT. ¡Un impedimento!

TER. ¡Un impedimento!

ALB. El lo dijo... ¡Dios mio! ¿Cuál es?

DIEGO. Es preciso revelarlo. Ese noble baron ha entregado su baronía y su mano de esposo á una bailarina de teatro.

HORT. ¿Está casado?

ZAC. Sí, señora... con Julieta.

TER. Eso es una calumnia.

DIEGO. Esa mujer ha seguido sus pasos; en este momento se encuentra en el hotel de París.

HORT. En ese hotel dijo que se habia hospedado; en ese hotel tiene su equipaje...

DIEGO. Ya la conocerán ustedes, que está resuelta á hacernos una visita.

ZAC. Por Dios, no la reciban ustedes, que es una leona, y es capaz de arañarnos, y sobre todo á su marido.

HORT. ¡Ingrato! Me ha engañado.

TER. ¡Qué desengaño! ¡Qué diseccion!

ALB. No llores, Hortensia. En cuanto le vea entrar por esa puerta le extrangulo.

HORT. No, papá; no consiento que se le haga daño. A mí toca hablarle, y si es tan menesteroso como se le pinta, socórrale usted, y que sea feliz con su Julieta.

ZAC. ¡Oh magnánimo corazon!

ESCENA XI.

DICHOS.—GUSTAVO.

ZAC. ¡Calla! El otro sobrino.

ALB. ¡Pase usted, caballerito! Buenas cosas hemos descubierto.

HORT. He pedido la preferencia, y ustedes me permitirán que hable antes que nadie. (*Con ternura.*) Yo... le amaba á usted con todo mi corazon; he sido consecuente, y no he faltado á mi juramento... Quiero seguir siendo bue-

na para con usted, perdonándole, y suplicando á mis padres que le perdonen tambien. (*Llorando.*) Sea usted feliz con su Julieta...

GUST. Pero, señores, ¿qué Julieta es esa?

HORT. (*Señalando á Zacarías y llorando.*) El señor la conoce...

ZAC. Por desgracia la conozco mucho.

TER. ¿Quién lo creyera?

LOR. (*Anunciando.*) Quiere entrar una señora hablando en francés, y llámase madama Julieta.

ZAC. (*Asustado.*) ¡Mi mujer! ¿Dónde me escondo?

TODOS. (*Ménos Diego.*) ¡Su mujer!

ZAC. No la dejen ustedes entrar, que es muy brava y va á despedazarme. Yo soy Zacarías, el baron, el primo de Hortensia; estoy absuelto... pero que no penetre aquí Julieta hasta que lleve dinero.

DIEGO. (*A Lorenzo.*) Díle que espere, que yo la aplacaré. (*Váse Lorenzo.*)

ALB. ¿Tú eres Gustavo?

GUST. Sí, señor.

HORT. ¿Es usted á quien tanto amaba?...

ZAC. Y yo al que tanto aborrecia.

HORT. ¡Pobre Zacarías!

ZAC. ¡Y tan pobre!

HORT. Tomé lo pasado por lo presente.

GUST. Busquemos lo futuro... (*Dándole la mano.*)

DIEGO. (*A Teresa.*) ¿Qué me dices ahora?

TER. Si eres indulgente y me quieres perdonar...

ALB. Te ha dejado confundada... digo, confundida. (*A Diego.*) Perdónala, chico... Y á mí tambien.

DIEGO. Con una condicion.

ALB. Díla.

DIEGO. Si tomais como leccion
este feliz incidente

y respirais otro ambiente
sin poner vuestra opinion
á la burla de la gente.
Los vanos, que han adquirido,
por funesta inclinacion,
nobleza sin tradicion,
el escarnio han merecido
de los hombres de razon.
Humildad contra altivez;
contra la imprudencia, tino;
y para hablar de una vez,
la virtud y la honradez
son el mejor pergamino.

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de los Sres. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones, sin cuyo requisito no serán servidos.